

parte del mensajero portador de la carta, respecto á estar don Carlos resuelto á confiar á Maroto el mando de su ejército en cuanto llegase, que movida la ambición de un hombre que nada tenía de poco confiado en sí mismo, lo determinaron á ponerse en marcha, y recibido que fué por don Carlos, se allanó á admitir la carga, ó mas bien, el golpe de fortuna que la suerte le deparaba.

Aunque Maroto no se hallaba en mancomunidad de ideas con los generales procesados, simpatizaba con ellos infinitamente mas que con los intransigentes á quienes secretamente odiaba.

Pero puso el mayor cuidado en atraerse amigos entre los cabecillas de las dos parcialidades, á cuyo fin al mismo tiempo que abogaba cerca de don Carlos en favor de los generales procesados, no rechazaba á los adversarios de estos, y antes al contrario puso empeño en que lo tuviesen por imparcial y dispuesto á utilizar los servicios de cuantos aceptasen militar á sus órdenes.

A esta actitud del nuevo general en jefe de don Carlos correspondía el que se dirigiese al público explícita y decididamente, mostrando gran celo por la causa de la religión y del trono, por lo que no vaciló en llamar pérfidos y cobardes á los enemigos que tenía delante, pero con los que, en su fuero interno, se proponía entenderse, pues era opinión bastante generalizada entre los adeptos á la causa carlista, que el hombre que la simbolizaba carecía de las dotes necesarias para reinar.

Maroto no podia permanecer inactivo y se ocupó en reforzar sus batallones merendados por diversas causas y principalmente por el descrédito en que habia caído en el país vascongado la causa por la que tan inmensos sacrificios llevaban hechos sus habitantes. Las posiciones estratégicas de Maroto todavía le ofrecían, sin embargo, poderosos medios de sostener con ventaja la defensiva. En Vizcaya, en Guipúzcoa y en Alava poseía puntos fortificados que cerraban el paso á los liberales; otro tanto acontecía por la parte de Navarra. La principal dificultad con que luchaba el nuevo caudillo, juntamente con la insuficiencia de recursos materiales, nacía de la perseverante secreta guerra de que era objeto por parte de sus compañeros los generales del bando intransigente, García, Guergué y el brigadier Carmona.

Todavía vacilaba Espartero sobre si emprendería ó no la expedición contra Estella, pero decidiólo á suspenderla el recelo de que Cabrera, vencedor de Oradú en Morella, invadiese á Castilla ó amenazase su línea del Ebro; actitud pasiva á la que respondía Maroto aglomerando fuerzas en los valles que circundan á Estella.

Alaix, virey de Navarra, no tuvo fuerzas con que impedir el paso del Arga por los carlistas, pero apresurándose á reunir todas las que pudo, partió de Artajona llegando hasta Obanos en busca del enemigo. No consiguió, sin embargo, como se lo habia propuesto, impedir que repasasen el río salvando todo su convoy. Conseguido que fué este importante objeto por los carlistas, se hicieron fuertes en buenas posiciones que Alaix tuvo la imprudencia de querer forzar.

Atacólos con brio y con una obstinación digna de mejor suerte, mas fué vigorosamente rechazado, experimentando grandes pérdidas en hombres y mayor todavía en prestigio, pues los batallones rechazados se desorganizaron, entró en ellos el pánico, y sin el auxilio de la caballería la retirada se habria convertido en derrota. Distinguióse en aquella jornada por sus brillantes cargas á la cabeza de solamente algunos caballos el entonces capitán don Domingo Dulce, destinado á figurar con notoriedad histórica en los sucesos acaecidos años despues.

La pérdida de Alaix en aquel día fué de doscientos muertos y quinientos prisioneros, dejando tambien en poder del enemigo no pocos caballos y ochocientos fusiles. Los fugitivos hallaron refugio en Puente la Reina. Alaix volvía herido, y tambien se creyó que lo estaba mortalmente el coronel del regimiento de Zaragoza, quien, sin embargo, logró restablecerse.

No se durmieron los carlistas en sus laureles. Aventuráronse á pasar el Ebro, entrando en Arnedo donde jamás ha-

bían puesto su planta y donde procedieron al desarme de los nacionales y exigieron una fuerte contribución.

Igual próspera tentativa realizaron con igual fruto en Ausejo y Alcanadre, hecho lo cual se restituyeron á su territorio de la orilla izquierda del Ebro.

Para remediar aquellos desastres envió Espartero á nuestro valiente *magister equitum*, al bravo Diego Leon, en reemplazo de Alaix, que se hallaba herido, y que esperando ó tal vez anticipando el conocimiento de que iba á ser nombrado ministro de la Guerra pidió el envío á Navarra del ejército de reserva.

Las operaciones del año terminaron en la Ribera por varios combates alternativamente prósperos y adversos para los beligerantes, pero en los cuales brilló siempre la invencible lanza del malogrado Diego Leon.

CAPITULO III

La guerra en Cataluña.—El conde de España.—La guerra en Aragon.—Zaragoza (el 5 de marzo)

Mientras don Carlos ratificaba el nombramiento del conde de España, designado por la junta de Cataluña como sucesor de Urbiztondo, fué encargado interinamente del mando don José Segarra, entendido jefe que conocía perfectamente los defectos de organización de que adolecían sus tropas, y procuró remediar el daño en lo posible durante el tiempo de su jefatura. Señalóse la apertura de la campaña en el Principado por la ventaja para los carlistas de hacerse dueños de Villabella.

Entrado febrero tuvieron lugar varios ligeros combates sin que lograsen los enemigos, cual era su intento, apoderarse de un convoy que conducía el barón de Meer; ni fué mas afortunado Segarra en su intentona contra el punto fortificado de Suria. En marzo siguiente los nacionales de Reus sufrieron una tremenda derrota con pérdida de 130 hombres. En cambio la pequeña población da Gerri dió un lucido ejemplo de cívica entereza rechazando el ataque de los carlistas y dando lugar á la llegada de la columna de socorro que puso en fuga á los sitiadores.

El barón de Meer, salido de Barcelona para proteger las poblaciones amenazadas, ahuyentó á los carlistas de Ripoll y otro tanto logró en Esparraguera. Fueron los últimos nuevamente vencidos en Suria á principios de abril, y el 9 de dicho mes Carbó sostuvo un sangriento combate en San Quirre, seguido poco despues de la toma por Tristany de Monistrol y de Monserrat que entregó al saqueo.

Distinguióse el mando de Segarra por el empeño que tuvo en establecer academias para la instrucción de sus tropas y un colegio militar en Borredá, aumentando sus fuerzas de un quinto; disposiciones que influyeron en mejorar el estado de las facciones que tantas pruebas de ineptitud habian dado hasta entonces.

Pero en esta clase de merecimientos se llevaba la palma el barón, representante en Cataluña de la autoridad de la Reina.

Hacia de la buena organización de todos los ramos del servicio, objeto de ejemplar solicitud. Protegia á las poblaciones mas importantes, cuando no podia ampararlas á todas, y sin descuidar ninguno de los requerimientos de la guerra, atendía á todas las necesidades del público, habiendo logrado establecer sólidamente el orden en el territorio de su mando.

Llegó en el entre tanto el día tan ansiado por los carlistas de tener entre ellos el jefe que habian deseado. Ya tuvimos ocasion de hablar del conde de España al noticiar su arresto por las autoridades francesas cuando se disponía á penetrar en Cataluña. No habia el conde recobrado su libertad sino muy recientemente, y acababa de tomar el mando, siendo recibido por los suyos con grandes demostraciones de respeto, aguijoneados muy probablemente por el temor que á todos inspiraba la conocida inexorabilidad del conde.

Grandes esperanzas fundaba el carlismo en el antiguo emigrado francés, que tanto habia luchado por la monarquía tradicional en España. Era hombre de carácter duro, inflexible y amigo del imperio; su criterio absoluto le hacia rigorosísimo con las debilidades ajenas, sin fijarse en que eran muchas y

pueriles sus extravagancias, á vuelta de las cuales resaltaba la crueldad, la inconsecuencia y el arbitrario abuso del poder, que acostumbraba llevar al último extremo.

Prueba de lo primero es que, habiendo faltado á la reunion de sus tropas el Llach de Copons, á quien en 1830 habia mandado á Ceuta, marchó inmediatamente donde estaba, y en medio de su gente, lo abrazó, le llamó el mejor servidor del rey y amigo suyo, le nombró brigadier y cuidó solícitamente de las tropas que aquel mandaba.

Una vez decidido á un propósito, mostrábase España sordo al ruego: para él, no era acción digna de un hombre ceder á otras inspiraciones que á las de su propio juicio; peligrosa exageración que ahoga la simpatía, y torna en vengadores á los antiguos partidarios.

Verdaderamente necesitaban las facciones catalanas un jefe de este temple para reprimir con energía los excesos, y así se observó á poco de su llegada, que el orden comenzaba á imperar en aquellas gavillas de desalmados partidarios, ni tardó en dar muestras de su intento de sobreponerse á la junta, empezando por relegarla á un pequeño pueblo, junto á Berga, de donde no debía salir sin su consentimiento.

Y superando obstáculos considerables con la resolución propia de su carácter, estableció España comunicaciones con Cabrera, regularizó los impuestos, atendió á vestir y abastecer sus tropas, y presente á todo, levantó el espíritu de sus partidarios, anunciándoles que bajo su mando correrían prósperos los destinos de la causa del Pretendiente.

Resolvióse entre tanto el barón de Meer á desalojar al enemigo de Solsona, cuya posesión tenia orgullosos á los partidarios catalanes y prestaba gran facilidad á la ejecución de sus planes. Con este propósito se dirigió el 19 á ponerle sitio, y pudo ver á su aproximación que los carlistas enarbolaban la bandera negra con el lema *Victoria ó muerte*. Despues de practicar los oportunos reconocimientos rompióse el fuego contra la plaza el 23, abriendo brecha por la que entraron los sitiadores, arrojando al enemigo de la población, haciéndole encerrarse en el palacio arzobispal donde se hizo fuerte. Mas aunque acudió el 26 el conde de España en auxilio de los suyos y á pesar de haberse defendido estos bizarramente, tuvo Solsona que entregarse á discreción, cayendo en poder de los vencedores mas de setecientos hombres armados y un rico botín de pertrechos y bagajes. La importancia de esta victoria valió á Meer la gran cruz de Carlos III.

Ante aquel primer revés, y meditando el conde de España en las dificultades de su situación, comprendió que era esta muy desigual bajo todos aspectos comparada con la de su temible adversario, y previó cuán desventajosa para él habia de ser la lucha; pero contaba con su experiencia de la guerra y la firmeza de su carácter, y se propuso hacer frente á los obstáculos, no desconfiando del éxito. Procedió en su consecuencia á organizar sus tropas, formando con ellas tres divisiones y una de reserva, compuestas de veintinueve batallones y alguna artillería, para cuyo aumento estableció una fundición en una cueva de la montaña.

Distribuyó estas fuerzas por todo el Principado y fronteras de Aragon. Contaba además con doscientos jinetes á los que se agregaron otros dos escuadrones enviados por Cabrera.

Se necesitaba toda la energía del conde de España para atreverse á confiar en fuerzas tan escasas y que tan mala fama habian adquirido.

Entre tanto el barón de Meer tuvo que salir de Solsona para abastecer de víveres á sus tropas, proponiéndose volver á la plaza con un convoy desembarazándose de los heridos en Gerona; mas sabido por el conde de España, se apresuró á tomar posiciones para estorbar el paso á su enemigo colocándose en los caminos de Biosca y Torá, donde el 3 de agosto empezó la serie de combates que sostuvo con los liberales, quedando estos vencedores, y sin que á pesar de la estrategia carlista lograra el conde apoderarse del convoy que defendió Meer con gran acierto, aunque el triunfo hubo de costarle sensibles bajas. En suma sin embargo, el ascendiente moral estaba de parte de Meer, y el de España no podia lisonjearse de sus primeras empresas, que demostraban una verdad dolorosa para su gloria.

Y no paraban en esto los reveses de los carlistas, pues Ugarte sorprendió y ganó á Ager; al mismo tiempo que el barón marchando á Suria por Cardona, supo eludir la celada que España le preparaba, llegando con seguridad á su destino, no sin que los carlistas dejasen de molestar su retaguardia.

Sirvió de contrapeso á la antedicha ventaja la pérdida de Villafranca del Panadés que ganaron los carlistas despues de una heroica defensa en la que perecieron doscientos de los valientes sitiados.

Siguió un espacio de tiempo en el que solo ocurrieron ligeros encuentros que no ofrecen interés histórico, habiéndose Meer dedicado con preferencia á asegurar el orden interior y la subsistencia de sus tropas, al paso que el conde de España dedicaba todos sus afanes á la organización de sus huestes.

Ocupábase además el último en negociar con Cabrera para unir las operaciones de ambos ejércitos, deponiendo su orgullo el de Cataluña hasta el punto de ofrecer ponerse á las órdenes del jefe del Maestrazgo; propuesta que no aceptó Cabrera, esperanzado de mejor éxito en el territorio en que operaba.

Y apremiado el conde de España por la penuria de dinero, apeló á los secuestros de personas, á las que hacia pagar por su libertad crecidos rescates.

En noviembre empezaron de nuevo las operaciones. El 4 trasladó España su cuartel general de Caserras á Montblanch, y salió á disputar el paso á Meer que conducía un convoy y que solo despues de sostener una muy obstinada pelea pudo llegar á Solsona al siguiente día, regresando luego á Cardona, aunque hostigado por los carlistas.

Conoció el barón que el único medio de evitar estas continuas molestias en punto á comunicaciones, seria el de apoderarse de Berga, centro de operaciones del carlismo; y noticioso del intento el de España, se apresuró á volar en socorro de la plaza, que tanto interés tenía en conservar, tomando, entre otras de las disposiciones adoptadas para su defensa, la de asolar todos los caseríos de las inmediaciones, sin respetar los pertenecientes á sus mismos partidarios, ni atender á sus súplicas, lo que comenzó á enajenar la voluntad de los moradores, que creyeron no debían confiar que el conde les procurase la salvación que de él habian esperado.

Ocurrió por entonces un suceso lamentable. Sabedores los carlistas al mando de Porredon de que la guarnición de Viella, que se habia insurreccionado y dado muerte á su gobernador, no admitía sus proposiciones, la atacó con éxito, pasando á cuchillo á los defensores é incendiando el pueblo por orden expresa del conde de España.

Pero parte de la guarnición se habia retirado al fuerte y resistía, cuando impaciente el último, mandó á Porredon que diese el asalto y acuchillase sin compasión á los sitiados, atroz mandato al que se negaron sus jefes á pretexto de que no eran acróbatas que pudiesen servirse de escalas y cuerdas para trepar á la muralla. Con motivo de la dilación hallóse ser ya tarde al quedar abierta la brecha, toda vez que las tropas liberales, que acudían en auxilio, obligaron á retirarse á los sitiadores, perdiendo estos de sus resultados en la marcha casi todo cuanto les habia traído un batallón enviado á hacer requisas, consistente en bueyes, carneros y mulos cargados, que en gran número se despeñaron por los precipicios que tenían los fugitivos que franquear hasta Esterrí, donde tuvo término la retirada. La artillería carlista quedó enterrada entre nieve.

Las operaciones de fin de año completaron el desastre y derrota de los carlistas, pues además de los puntos que fortificó Meer y de la movilización de los nacionales, lo que le daba mayores medios de acción, la suerte de las armas fué adversa para el enemigo en los encuentros de Rialps, Tirbia, Esterrí y demás pueblos comarcanos. Lograron en verdad los carlistas un pasajero triunfo en el puente de Escalo, pero se rehicieron con tanto brio los liberales que destrozaron las fuerzas de Borges y Porredon y mas tarde las del conde de España, que, irritado por tanto desastre, tuvo que emprender una penosísima retirada por sitios peligrosos hasta el valle del Segre, cuyo río pasó, estableciendo en Oliana su cuartel general. Destrozadas, perdidas, sin ningun recurso, desvane-

cido su prestigio, llegó á ser tan desesperada la situación de las facciones catalanas, que bien puede afirmarse que los liberales desaprovecharon entonces la mejor ocasión para aniquilarlas.

Meer no olvidó el castigo debido á la sublevación de Viella y mostróse magnánimo con los vencidos. Digna de conmemoración será siempre la energía de carácter del barón, quien no solo tenía que atender á los cuidados de la guerra, ya de por sí dificultosos en extremo, sino que enfrenar las maquinaciones y el trabajo de zapa á que no cesaba la anarquía de entregarse perturbando el órden tan necesario en aquel país y en aquellas circunstancias. Firmemente decidido á sostener el imperio de la ley contra la influencia bastarda de elementos extraños que á cada hora se dejaban sentir, dictó Meer enérgicas providencias que dieron los resultados apetecidos.

A muy distinto criterio obedecía el rigor del conde de España, quien, después de reducir á la nulidad á la junta, en la que hizo notables alteraciones, logró que esta no se opusiera á las crueldades en que se complacía, menudeando las ejecuciones y horrorizando al pueblo con el continuo espectáculo de estas dos cosas horribles: el tajo y la horca.

Glorioso y memorable será para siempre el suceso que escogemos como preámbulo de la campaña de Aragón en 1838, suceso que á no haber sido gloriosamente conjuradas sus consecuencias por el indómito valor del pueblo de Zaragoza, hubieran podido cambiar el aspecto de la guerra y arrastrar la ruina de la causa de la libertad.

El partidario Cabañero intentó y llegó á consumar en la noche del 5 de marzo el audaz proyecto de hacerse dueño de la heroica ciudad. Acercóse silenciosamente á sus puertas y, sin que se hubiese tenido conocimiento de su aproximación, penetró por ellas en el centro de la población, ocupando sus localidades más estratégicas, como lo eran la ancha vía del Coso, el Mercado y la plaza de San Miguel. Interin sus batallones tomaban posesión de la ciudad, los defensores de esta, reducidos á su denodada milicia nacional, reposaban tranquilamente en sus hogares sin el menor conocimiento de la pavorosa situación que el suceso arrastraba.

De lo restante que ocurrió y de la sensación que en el país produjo tan célebre acontecimiento dará cabal idea el siguiente relato, escrito bajo la impresión del momento y que vió la luz en *El Correo Nacional* al siguiente día de acaecido el memorable suceso.

«Ayer se recibió en Madrid una noticia, cuya primera versión si se hubiera confirmado habría excedido en su funesta importancia á cuantos hechos ha producido la presente guerra civil.—Con referencia á un parte del administrador de correos de la Almunia, circuló por la tarde la inesperada nueva de que Cabrera se había apoderado de Zaragoza por sorpresa. Nada más se dijo en el primer momento, y para cuantos conocen la importancia militar y política de aquella capital, el suceso equivalía á una batalla campal ganada por el enemigo y en la que hubiese derrotado á nuestro ejército.—Algunos, más confiados en el carácter de los aragoneses que consternados por la gravedad del hecho, esperaban que el enemigo habría hallado su tumba en el noble suelo que se atrevió á invadir. La inquietud y la zozobra duraron solo horas, hasta que la llegada de un extraordinario de las autoridades de Zaragoza al gobierno, y luego la de posteriores partes oficiales, convirtieron en alegría y placer las tristes preocupaciones de la mañana.—El pueblo de Zaragoza, digno de la ínclita ciudad que ha sido la admiración del siglo en que vivimos, no ha desmentido y quizás haya excedido la fama de sus antepasados. Sorprendido en medio de la noche por una fuerte división enemiga, bastóle saber que esta era dueña de sus hogares, para que sin preparativos, sin jefes, sin dirección, el heroísmo superase á todas las desventajas de una sorpresa consumada, y lanzase de sus murallas, escarmentados y vencidos, á los que torpemente contaron sobre la flaqueza, ó imprudentemente olvidaron el proverbial valor de los zaragozanos.

»Faltan expresiones en el lenguaje escrito para elogiar dignamente la conducta de aquel pueblo; él fué en otra época modelo de la constancia que salvó la independencia nacional;

quizá en esta ocasión le debamos que la libertad no pereciera, pues la lucha actual hubiera cambiado enteramente de aspecto si la capital de Aragón quedara en poder de los enemigos.... Mandados por Cabañero al frente de cuatro batallones y dos escuadrones, lograron hacerse dueños del Coso y de la plaza del Mercado.

»Gritos de ¡viva Carlos V!, lanzados por los invasores, despertaron á los sorprendidos habitantes.

»A los terroríficos gritos contestaron los nacionales á balazos desde los balcones, y el tiroteó haciendo cundir la alarma fué la señal de reunión para los que no habían todavía empuñado sus fusiles.

»Ninguno faltó al llamamiento. Los actos de denuedo, de heroicidad que señalaron el combate exceden por su grandeza, escribe un testigo presencial, á los hechos más memorables del tiempo de los franceses. El enemigo no renunció fácilmente á su presa y se atrevió á disputarla; ¡pero combatía dentro de los muros de Zaragoza y contra sus hijos peleando por la libertad! El resultado ha sido glorioso para esta; Cabañero huyó escarmentado, dejando en poder de los vencedores doscientos muertos y setecientos prisioneros, entre ellos el coronel Aznar (a) el Cojo de Cariñena y veintitres oficiales más. Nuestra pérdida ha sido corta....»

Para formar idea de cuáles hubieran sido las inevitables consecuencias de no haberse frustrado el plan de Cabañero, basta saber que Zaragoza encerraba en su recinto la gran mayoría de los puentes de Aragón, que temerosos de las depredaciones de los carlistas habían venido á buscar refugio para sus personas y sus caudales en la capital del antiguo reino. Dueño que hubiese sido de ella Cabrera, nada le habría sido tan fácil como organizar, armar y equipar cuarenta mil hombres, proporcionando además á don Carlos el codiciado objeto de la posesión de una capital.

Indignado el pueblo de Zaragoza en presencia del peligro que había corrido y que atribuía á la traición, sospecha aumentada por haber corrido la especie de que el general Esteller, segundo cabo y principal autoridad militar, había tenido conocimiento de la aproximación del enemigo sin haber tomado las debidas precauciones, exigió y obtuvo el arresto de dicha autoridad; novedad que acrecentando la agitación consiguiente á los sucesos de la noche anterior, produjo en la mañana del 6 la reunión de un grupo que aumentó por la tarde hasta unos doscientos hombres. Pronunciados estos en motín dirigieron al local de la ex-inquisición, donde se hallaba detenido el desgraciado general, forzaron las puertas de su estancia, y asiendo de su persona y arrastrándolo entre gritos de cólera y de venganza, lo condujeron contuso y maltrecho á la plaza de la Constitución, donde le dieron cruel muerte á bayonetazos debajo de la lápida titular.

Aquella sumaria y feroz aplicación, hecha por el pueblo, de la ley *Lynch*, aunque jamás será justificable ante los sagrados derechos de la justicia hollada, tenía, ya que no la disculpa, la explicación de la causa insólita de un olvido por parte de la víctima, de deberes cuya negligencia estuvo á pique de producir la posesión de Zaragoza por los carlistas, y tal vez la ruina de la causa de la libertad.

Casi coetáneamente á la memorable hazaña del heroico pueblo de Zaragoza, conquistaron valederos títulos á la admiración y á la gratitud de la patria los vecinos de Gandesa, población cuyo ardiente liberalismo fué siempre objeto del encono de Cabrera y de las facciones. Sitiado el pueblo diferentes veces por el enemigo, había visto asolado su territorio, robados sus ganados y pasados por las armas sus milicianos. Habíanse refugiado á sus muros crecido número de habitantes de los pueblos inmediatos. Forasteros y vecinos todos formaban un cuerpo unido y compacto, consagrado á la defensa de débiles murallas, levantadas apresuradamente é incapaces de resistir á los disparos de la artillería. Viejos y mozos, milicianos y paisanos habían dejado sus ocupaciones para entregarse á la defensa de sus hogares. Los hombres trabajaban en las fortificaciones y salían al campo cuando se acercaba el enemigo. Las mujeres patrullaban y en caso necesario hacían guardias. Mas no bastó tanta heroicidad para alejar el peligro.

La falta de víveres no permitía prolongar la resistencia y apenas si hubo tiempo para que una fuerte columna al mando del general don Santos San Miguel acudiese con objeto de proteger el éxodo de sus habitantes, los que formando un inmenso convoy, escoltado por las tropas venidas en auxilio, llegaron el 4 de marzo á Favara en Aragón, tierra libre donde pudieron hallar el término de sus fatigas y recibir el honoroso aunque estéril consuelo de un voto de gracias dado por las Cortes en galardon de tan heroico comportamiento.

Bastante hemos dicho sobre la embarazosa situación del gabinete, cuyas dificultades juntamente con las del país, debían acrecentar sucesos sobre cuyas consecuencias omitiremos por ahora apreciaciones que tendrían lugar después de haber dado cuenta de los hechos que estaban en vísperas de realizarse.

CAPITULO IV

Correrías de los carlistas anteriores al sitio de Morella.—Sitio de Morella.—Consecuencias políticas y militares del levantamiento del sitio de Morella.—Acción de Maella.—Paroxismo de crueldad en el carácter de la guerra.

Cabañero fugitivo de Zaragoza se dirigió á la provincia de Guadalajara con tan buena suerte que habiendo salido en su persecución la segunda brigada del ejército de Aragón, él fué quien la batió y la hizo prisionera.

Codiciba Cabrera la posesión de nuevas plazas fuertes en el Maestrazgo y puso sus miras en la de Lucena.

La división Borso, destinada á estorbar la prosecución del sitio, no bastó para impedirlo y Cabrera pudo asentar sus baterías en un punto que dominaba á la población.

La guarnición, alentada por el levantado espíritu de su gobernador Carruana, verificó varias salidas que si no dieron resultados provechosos no dejaron de ser honrosísimas para los sitiados. En el entre tanto las baterías de asedio hacían su oficio y el peligro de la plaza crecía.

Para remediarlo presentose nuevamente Borso reforzado por la división de don Bartolomé Amor, mas aunque las fuerzas de ambos jefes se establecieron dando frente á los sitiadores y peleando con ellos, no consiguieron ahuyentar á Cabrera, que continuó en su posición de sitiador de la que fué menester que viniese Oraá á lanzarlo, como efectivamente lo consiguió, teniendo en ello ocasión para elogiar el comportamiento de los nacionales y para levantar el espíritu de los pueblos.

Con sagacidad calculó Cabrera que experimentaría un descalabro si esperaba la llegada del *lobo cano*, con cuyo nombre sabían nuestros lectores era designado Oraá por los carlistas, y poniendo á salvo la artillería y materiales de sitio que había traído, retiróse sin esperar á su temido adversario.

Conseguido por este el importante fin que se había propuesto, dejó abastecida á Lucena, destruyó las líneas de circunvalación y demás trabajos de sitio, dirigiéndose á Chiva con intención de fortificarla.

A cuatro leguas de distancia efectuaba Cabrera igual operación con Villahermosa, interin Forcadell y otros partidarios recibían la órden de desparramarse por las llanuras de Valencia y de Castellón, poniendo á saco, como lo tenían por costumbre, aquellas ricas provincias, que en gran manera contribuían al sostenimiento de las facciones. Puso en seguida Cabrera sitio á Calanda, cuyos nacionales, aunque se defendieron bizarramente, vieron obligados á capitular.

Desgraciadamente, y para oprobio de la memoria de Cabrera, á quien no hemos escaseado los elogios cuando sus hechos los han motivado, violó la capitulación mandando fusilar á veintidos oficiales de los rendidos, y aunque respetó la vida de los demás, lo fué para arrancárselas más tarde y con mayor crueldad, toda vez que, según afirma el bien informado autor de la *Historia de la guerra civil*, dos años después y al evacuar á Mora de Ebro, hizo Cabrera precipitar inhumanamente en sus aguas los restos de los prisioneros de Calanda.

Inmediatamente después apoderóse aquel de Samper, quedando su guarnición prisionera, sin que se sepa que no le diese cuartel, toda vez que hubo de contentarse con destruir sus

fortificaciones conforme lo venía haciendo respecto á los demás pueblos de que se hacía dueño.

Prosiguiendo su triunfante correría atacó Cabrera á Alcorisa, cuya guarnición y nacionales, con ánimo resuelto, le opusieron vigorosa resistencia. La artillería abrió brecha por la que penetraron los carlistas, posesionándose de parte del fuerte, que lo era el antiguo convento de San Francisco, pero llevaban los nacionales tan alto su denuedo en la defensa de sus hogares, que recibieron á tiros y á bayonetazos á los carlistas, quedando los claustros del ex-convento cubiertos de cadáveres de uno y otro bando; esfuerzo heroico de los sitiados que les permitió arrojar á los invasores del recinto del fuerte. Tanta bizarría habría sido estéril, menos para la gloria de los que á tal punto llevaron su valentía, á no haber acudido diligente Oraá obligando á Cabrera á levantar el sitio.

Infatigable el último en sus proyectos de engrandecimiento, había concebido el por demás atrevido de incomunicar á Madrid con las provincias del Norte, proyecto á que daba principio fortificando á Cañete.

El general Azpiroz, enviado para contrarrestar dicho designio, tuvo la buena suerte de batir al coronel carlista don Pedro Sanz, haciéndole prisioneros treinta oficiales, trescientos soldados, y apoderándose de ochocientas cabezas de ganado halladas en posesión del enemigo.

La falta de espacio no nos permite dar cabida á lo que de buen grado habríamos expuesto respecto á las medidas de administración y de organización judicial dictadas por Cabrera para el territorio de su mando. Urge llegar á la mas importante de las operaciones de la campaña de Aragón en aquel año; á saber, el sitio de Morella.

Este sitio fué tan fecundo en resultados favorables para la causa carlista como adversos para la de la Reina.

Después de la posesión de Cantavieja, la de Morella constituía un acrecentamiento de fuerza moral y de recursos materiales de parte de Cabrera, que bien justificaba la importancia que el gobierno daba á la toma de dichas plazas, privando á un adversario tan activo de los medios de constituir en el Este de España un foco permanente de insurrecciones y de elementos de lucha tan temibles como lo eran los que ya poseía don Carlos en las provincias Vascongadas y en Navarra.

Las condiciones topográficas de la plaza de Morella, cuya posesión tanto importaba á ambos beligerantes, eran de tal naturaleza, que para apreciarlas y juzgar hasta qué punto ayudaban por una parte á la defensa y cuán ardua era por otra la empresa de arrebatarla al enemigo, es necesario tener á la vista el plano de la localidad al mismo tiempo que el croquis del territorio circunvecino.

Al pié de una colina elevada y que remata en forma de cono una escarpada eminencia, se halla situada la población que protegen en parte los flancos de la montaña coronada por el fuerte ó castillo de la antigua villa feudal. Todavía conservaba Morella parte de las antiguas murallas reparadas y mejoradas sus defensas desde que Cabrera había hecho de la villa una plaza de armas.

Diez y siete piezas de artillería constituían la dotación de la fortaleza, cuya guarnición constaba de cuatro batallones y algunas compañías de artilleros.

Fuera de su recinto y bajo las órdenes del activo y vigilante Cabrera y de sus adiestrados lugartenientes existía un cuerpo de ejército de quince batallones y seis escuadrones dueños del país circunvecino, cuerpo auxiliar permanente que en país escabroso y en el que no poseían las tropas de la Reina otros medios de subsistencia que los que recibiesen por convoyes. difícilmente y con riesgo escoltados, creaba todo ello una situación tan especial que no podía compararse á la de los sitios ordinarios.

Penetrado Cabrera de lo arduo de la empresa que tenía delante, acopió víveres, levantó trincheras, habilitó desfiladeros, facilitó comunicaciones entre la plaza y el ejército que había de proteger su defensa, sin descuidar añadir á estos medios materiales los morales, levantando el espíritu de sus tropas á las que electrizó excitando en ellas su odio contra los liberales, recordando los agravios de ellos recibidos, señalándoles